

SOBRE VIAJES Y MITOS

FERNANDO URBINA RANGEL



Cañón de Araracuara – Río Caquetá – Amazonia colombiana - 1978

SOBRE VIAJES Y MITOS

— De cómo un viaje en busca de mitos se vuelve mítico —

Fernando Urbina Rangel

fernandourbinarangel@hotmail.com

Síntesis

Un viaje por la comarca de Araracuara –localidad central de la Amazonia colombiana– en compañía de un gran Sabedor de la etnia Muinane, se torna en un acontecimiento que termina por llenar de sentido la vida de un etnógrafo. Son días pletóricos de experiencias numinosas en que se rememoran, representan y contextualizan en los escenarios reales las enseñanzas que habían sido recibidas durante largas charlas en el coqueadero –lugar de La Palabra, donde el sabio entrega sus historias–, y en años y años de estudios académicos. Y después, rememorar ese viaje, someterlo a la prueba infalible del olvido que elimina detalles y va estructurando lo esencial: papel del mito. Viajes y mitos y, como todo mito, viaje profundo hacia orígenes, hacia experiencias fundacionales donde se forja lo esencial del sentido (1). [Todas las notas van al final del texto].

Hace más de un cuarto de siglo (2) hice *el viaje*. Lo destaco entre los que he tenido oportunidad de realizar en el curso de mis actividades etnográficas por haberse conjugado en él una entusiasta pléyade de factores y, tanto más, por cuanto se va consumiendo en el ayer que desdibuja límites y ahonda connotaciones.

Un viaje es un ir hacia algo que es presentado de alguna manera; pero sólo resulta *verdadero viaje*, a plenitud, y no un simple desplazarse, si en él topamos con lo fascinante, esa puerta que nos abre totalidades y que en ocasiones nos hace variar ciertos rumbos puntuales; ya cuando damos con lo maravilloso, percibimos que marchar es la respuesta a un llamado recóndito, el reclamo de lo abierto (Rilke). Viajar es dirigirse hacia lo abierto, hacia la totalidad; somos requeridos por ella; sólo que ese ir hacia algo es ya un andar en ello...y será el recorrer y no el llegar lo que da plenitud de sentido.

Iba en pos de mitos. Todo objetivo permea el recorrido. Hacía parte de un trío, al lado del Abuelo don José García, uno de los más grandes sabedores entre las etnias uitoto y muinane, y de su hijo Octavio, compañero de muchas otras aventuras.

Por meta teníamos La Sabana en las cabeceras del río Cahuinari, una región entre el río Caquetá y el Putumayo (Amazonia colombiana), antiguo hábitat de la nación muinane a la cual pertenecía el Abuelo José. Se trataba de llegar hasta el sitio en donde estuvo enraizada, hacía ya muchas décadas, la maloca ancestral de su clan materno, al cual, por obra del desorden social derivado del terror cauchero, había terminado por adscribirse el padre de don José, contraviniendo la norma patrilocal (3).

Empeñado en reconstruir la biografía de don José, ese viaje tenía por objetivo expreso vivir los sitios donde ocurrió un episodio clave de la historia de su gente: la forma como su abuelo materno Kĩmabajĩ (*Boca de tambor sagrado* -4-) había tenido tratos con un endriago, el formidable Tizi, el *Hombre esqueleto* (5) que andaba por ahí sosteniéndose el hígado del que goteaba sangre.

La alianza con Tizi le trajo a Kĩmabajĩ ventajas y riesgos. Aquel *Dueño de territorio* –espíritu administrador de Fuerzas– le hizo dones maravillosos al Abuelo, retribuyendo así las porciones de coca y de tabaco que éste le había ofrendado al atravesar el ámbito en donde aquel imperaba como fantasma. Pero Kĩmabajĩ incumplió las condiciones fijadas por Tizi (6), quien se le aparecía en los sueños, y esta falla fue la causa de sus males y, finalmente, de su muerte (7). Los dones que confieren las Fuerzas son ambivalentes, como lo son ellas mismas en relación a la muy relativa moralidad humana que, sin embargo, suele caer en la tentación de lo absoluto.

Íbamos, pues, hacia allá, con la intención de llegar al antiguo emplazamiento de la maloca en cuyo patio había sido *sembrado* Kimabajĩ. Salimos de Bogotá e hicimos escala en Florencia (capital del departamento de Caquetá), donde se tuvo la oportunidad de charlar con uno de los uitotos descendientes de aquellos que habitaron en la quebrada Niña María, afluente del río Orteguzaza, que a su vez desemboca en el Caquetá, y con quienes malamente *convivió* Preuss (8), ese viajero, arqueólogo y etnógrafo alemán, hacía ya 65 años. Fue muy difícil entrevistarle por cuanto le apenaba ser indígena; sus hijos, se habían casado con gente *blanca* y afirmaban no saber uitoto; a los nietos no se les decía ni una palabra en la lengua de sus antepasados, ocultándoles expresamente el pasado ancestral. Se habían diluido ya, con pena y sin gloria, en la cultura de los colonizadores (9).

En los días de permanencia en esa población del piedemonte amazónico, a la espera de transporte aéreo, gozamos una tarde incursionando por las riberas del río Hacha hasta dar con las piedras de El Encanto donde algunos años antes –gracias a una avalancha del quebradón que había rebanado un barranco orillero– se había descubierto un conjunto de grabados rupestres de suma importancia (10).

Por fin, tres días después, arribamos a Araracuara, un punto intermedio en nuestro recorrido. Las jornadas siguientes las dedicamos a rastrear petroglifos en la boca de entrada del gran cañón que esculpe en esas mesetas rocosas el río Caquetá. A continuar dicha tarea nos dirigíamos una mañana, cuando encontramos en el camino a un pariente del Abuelo José. Se trataba del hoy Cacique de Guaimaraya don Noé Rodríguez. Nos invitó a pernoctar en su maloca, ubicada cerca del arranque de una trocha que conduce a La Sabana del Cahuinarí. Allí fuimos a posar unos días después.

En llegando nos vimos sumergidos de inmediato en una actividad sacral. Por esas fechas se reunían con don Noé un grupo de Abuelos Sabedores para asesorarlo en sus asuntos rituales. El arribo de un connotadísimo sabio como don José no podía ser más oportuno. Potenciados con las plantas sagradas –coca y tabaco– largas horas nocturnas pasaron los ancianos profundizando en sus asuntos, los que durante el día mi maestro y su hijo me enriquecían con comentarios aclaratorios. Fueron ratos inolvidables que van cobrando día a día una dimensión hierofánica, alimentada ya con la muerte grande de algunos de los participantes en ese cónclave: el abuelo Víctor Falla, el propio don José y, hace pocos meses don Noé.

Pero no fue sólo esto, de suyo inmenso. En los días que siguieron a nuestra llegada a Guaimaraya, don Noé me mostró algunos de los petroglifos que él había observado en los pedregales del puerto y me confió que en la otra ribera se encontraban más.

¡Qué no había del otro lado!... ¡Siempre hay tantas cosas en la otra orilla...! Allí, en los roquedos que enmarcan la gran poza de Guaimaraya, está la efigie de un cráneo medio descarnado, probable representación de Tizi –el Hombre·hueso–, y unos centenares de metros más arriba, en los pedregales frontinos a la bocana del quebradón de Dioba, reposan los grabados en piedra que muestran la segmentación de la Serpiente Ancestral –Anaconda Viajera, origen de la humanidad–, mito que cuenta con buen número de variantes fuertes en la Amazonia y en Centroamérica (11). Y por doquier había tanto grabado no reseñado, y era tan fascinante la reunión de los Abuelos Sabedores en la noche, que resolví clausurar el viaje a La Sabana del Cahuinarí y fondearme en los asuntos de Guaimaraya.

Idos los otros sabedores, ya en la intimidad con don José, Noé y Octavio, de nuevo en las noches me volví cuentero, porque las historias se pagan con historias, las canciones con canciones. Los uitotos y muinanes son maestros consumados de la palabra; lo son porque también les gusta escuchar y saben ser exigentes con el intercambio. Agotados los breves relatos legendarios que me contaran mi abuela y mi madre –la mitología pueblerina de la saga familiar–, eché mano de uno que otro mito entre los cosechados en mis lecturas y en otros viajes. Cierta noche traje a colación algún relato de los pigmeos bambutis, de los transcritos por Schebesta en su precario intento de comprobar el monoteísmo primitivo. Mucho se interesó el Abuelo José en esta nación africana de *hombres chiquitos*. De esto resultó que cuando volvió a narrar el mito de Dījoma (12), introdujo a los bambutis en la lista de naciones por él conocidas, conformadoras de la humanidad primordial.

Dicho mito amazónico versa, entre muchos otros temas, sobre lo relacionado con el origen de las gentes; comporta una variante del complejo de tradiciones de la Anaconda Ancestral, en cuyo seno llegaron desde el mar los hombres del origen. La segmentación y

repartición en trozos iguales (13) del cuerpo de la Gran Víbora, en la versión de don José, da lugar a los nombres de los diferentes pueblos del mundo, quienes en razón de su origen común e igualitario no han de tenerse como superiores o inferiores los unos de los otros (14). Me impresionó esta variante, tan contraria a las ya compiladas en otras etnias; en muchas de ellas –y esto me recordaba el racismo aristotélico– al pueblo del narrador le corresponde en el reparto la mejor porción, mientras que los demás deben conformarse con partes menos apreciadas que se van degradando hasta llegar a la cola o a las muy despreciables entrañas, alimento de huérfanos y esclavos (15). Resultaba muy simpático que el Abuelo José cada vez que se enteraba de la existencia de una nueva nación, y más si ésta mostraba particularidades muy notorias, la iba incluyendo en el inventario de pueblos que figuraba en su relato. El listado llegó a ser bien copioso.

Se daba una razón puntual para narrar el mito en cuestión: el hallazgo arriba de Guaimaraya de los petroglifos en que se representa la segmentación de la Sierpe. En el momento de su localización, a pleno día, habíamos hecho obligada referencia a ese relato; al hablar de ello convocamos la Fuerza contenida en los símbolos, tanto en los gráficos –grabados rupestres (16)–, como en los verbales –las palabras del mito–. Era preciso liberar del todo esa Fuerza retro trayéndola en el relato en forma completa (17), en el lugar ritual de la palabra –el coqueadero (18)–, en el momento apropiado –altas horas de la noche–, y por la persona conveniente –Abuelo Sabedor. Una vez dicho el mito con toda la solemnidad ritual, la historia fue *manejada* de modo conveniente y, finalmente, *guardada*. Sólo así esa Fuerza resulta plenamente benéfica; mencionarla simplemente con alusiones vagas, fragmentarias, hace correr el serio riesgo de dejar por ahí, en el aire, algo inconexo, no *contenido* (19) y, por tanto, con la posibilidad de hacer daño.

Pero volviendo al punto de la inclusión de los pigmeos en el relato mítico del Abuelo, se ha de decir que el mito se enriquece al pasar el tiempo, agregando, desenvolviendo o transformando algún aspecto, pero también olvida, calla, cuando algo deja de ser pertinente para el buen vivir.

Un hecho especial ocurrió por esos días en la maloca de don Noé. Nuestro anfitrión nos condujo al *Hueco de Guaimaraya*, un lugar numinoso de suma importancia, eslabón en la cadena que vertebraba el territorio ancestral de las etnias que habitan el Caquetá medio y bajo. Tal caverna queda cerca de donde se había levantado una gran maloca que fue desbarrancada con todos sus habitantes (*Gente-nayeni*) mientras tenía lugar una danza frenética en que, irrespetuosamente, la concurrencia jugueteaba con la vestimenta de Igüíruema, el poderoso señor (*Dueño mítico*) de esa región. Tal desastre dio lugar a la raudalera de Guaimaraya, cuyo nombre vernáculo más apropiado es Rukunadiji –*Pozo·del· hervor*– pues el agua allí, al chocar contra las rocas, parece hervir. Es la representación petrificada de los responsables de ese baile turbulento, desordenado, *mal hecho*, maldito.

El macro territorio también incluía, en un pasado ya muy remoto, las tierras de los grupos del alto Caquetá y de sus cabeceras cordilleranas. En ellas hay sitios sacros, ámbitos signados puntualmente por los viajes y gestas de los héroes culturales y por la presencia de los Dueños míticos. Los Sabedores de las etnias que aún habitan en sus vecindades los articulan con sus visiones y los cuidan, luchando porque ese orden no se desmorone.

La pequeña caverna constituye un sitio hierofánico –manifiesta lo sagrado– pletórico de poder (kratofanía). Sólo los dos, don José y yo, cruzamos ese umbral; él, confiado en su impecabilidad personal, y el acompañante, entregado a la imprudencia curiosa. Las sombras que proyectaban las lámparas, la carga numinosa de los mitos... el ojo lechucino del abuelo descubriendo figuras, multiplicando los signos... y vio y supo que las piedrecillas del suelo

contenían un poder especial; recogió algunas, igual a como hizo su ancestro bajo las indicaciones oníricas de Tizi.

Una semana después concurrimos a un baile en Monochoa. Fuimos invitados. Bajo el amparo del Abuelo José todas las puertas se me abrían. Pude reseñar y ahondar sin cortapisas en los preparativos y participar en la ceremonia misma. Era mi primer baile entre estas etnias. Presencí el torneo de saber implicado en dicho evento.

Los concurrentes traen las ofrendas solicitadas por el clan anfitrión, una vez que su jefe les ha enviado la invitación respectiva –el tabaco ritual (ambil -20-)–, en la cual se anuncia el tipo de baile que se va a celebrar y son nombrados los presentes requeridos el día del festejo. Este recuento constituye, al mismo tiempo, un tipo de encantamiento mediante el cual se captura el corazón (la esencia, la fuerza) de las piezas de caza; es como un solicitar a las Fuerzas míticas (*Dueños*) del lugar aquello que se va a sustraer de dicho territorio.

Los invitados, advertidos con suficiente antelación, se preparan para la ceremonia. Aprontan los productos vegetales, silvestres o cultivados, o, según el tipo de fiesta, las presas de pesca y caza. Dedicar mucho tiempo a repasar los mitos que constituyen el soporte del baile anunciado, y se comenta de modo especial lo relacionado con la carrera ritual del Sabedor anfitrión, para quien la ceremonia constituye un nuevo jalón en su progresión como dueño del saber ancestral. Su vida estará signada por los bailes sucesivos, componentes de su tradición familiar. Esta escalada ritual es indispensable, en tanto que el Sabedor pretenda mantener su prestigio entre las gentes del propio clan y la respetabilidad de éste en el concierto de los otros grupos y naciones. Al fin de cuentas, él es el fundamento de la comunidad que se acoge a su cuidado; si no cumple con la realización periódica de los rituales alguien puede, si tiene los suficientes arrestos para ello, tomar el asunto por su cuenta, prepararse con otros Sabedores e iniciar una carrera ritual similar. Siendo los rituales el soporte del orden cósmico –que incluye el social–, no realizarlos resulta, a la larga, profundamente desequilibrante, con perjuicio de todos los clanes que habitan ya no sólo el territorio de la nación respectiva, sino el macro territorio ancestral, común a todos los pueblos indígenas interconectados dentro de una vasta región, mediante redes de pensamiento chamanístico.

Durante las semanas previas a la celebración del baile, se ensayan las coreografías de las danzas y se tiene ocasión de repasar las canciones correspondientes al tipo de ceremonia anunciada; dichos cantos son solicitados expresamente por el anfitrión en el momento de hacer llegar el tabaco sagrado, el ambil de la invitación. En el clan que invita, las actividades preparatorias son similares, pero implican, desde luego, mayor responsabilidad. Todo este prolijo aprontar constituye una ocasión propicia para que la juventud interiorice el saber ritual tradicional, y para que los adultos reactualicen y afiancen sus conocimientos.

En algunos bailes tiene ocurrencia una preparación que centra el interés: las adivinanzas. Se trata de ciertas canciones que exigen una respuesta por parte del Abuelo receptor y de su grupo de asesores. Sus claves reposan en los finos pliegues de la tradición mítica y de la ecosofía, o saber y dominio profundo de los entornos naturales. ¡Ay del Sabedor que no atine con las respuestas! ¡Ay del grupo cuyo jefe equivoque algún aspecto de la ceremonia! Mostrará que no sabe, y quien no sabe carece de poder para evitar caer en las asechanzas que le armen los enemigos personales, sociales y cósmicos. Un personaje así, se desprestigia, da paso al desastre; ya no será buen árbol para medrar a su sombra.

En la fiesta a la que fuimos invitados todo marchó muy bien. El dueño del baile actuó de modo impecable. Supo hacerlo. Dio con las respuestas.

El verdadero viaje no termina nunca. Los sitios no son más que pistas en un mapa inmenso cuyos límites no son otros que las fronteras del alma, que es en definitiva por donde más se viaja. Y el Abuelo José la tenía inmensa. Muchas selvas, muchos ríos se la agrandaron en sus andanzas: Colombia, Perú, el inconmensurable Amazonas, el mar... y vuelta otra vez a su terruño, igual que la Anaconda en la historia de Diijoma, el brujo que da origen a la Sierpe, que es devorado por ella, que viaja entre ella, mientras su manducadora avanza hasta la mar haciendo un trayecto de ida y vuelta. Viajes entre viajes. Botellas de Klein (21). Geometrías no euclidianas. Manejos muy complejos y diferentes del concepto de espacio a los que no hace mucho se asoma por primera vez, mediante sus más finas especulaciones, la academia occidental.

Años después, en su maloca cerca del quebradón Takana, próxima a Leticia, don José alzaba su voz en las noches durante el ritual del coqueo, y narraba de cuando en vez su aventura en Guaimaraya. Contaba del encuentro con las Fuerzas del lugar y cómo éstas lo condujeron al sitio donde lo esperaban las piedrecillas, los *guamados*, que desde ese momento usó para vehiculizar su poder como curador; de cómo intervino en una fiesta, en donde no sólo se trabaron en lucha verbal los clanes, para comprobar la solidez del saber del Dueño del baile, sino que, en ese momento, este poder sufría el asedio de los Dueños míticos de los animales y de la selva –contendores del hombre en la dialéctica cósmica–, prestos a recuperar el control sobre el territorio del clan anfitrión, en caso de dar con una brecha en el *saber-poder* del cacique; de cómo don Noé solicitó el permiso al Dueño mítico del raudal de Guaimaraya para que yo pudiera tratar, sin riesgo de enfermarme, con los grabados rupestres, recipientes de Fuerzas originarias que liberan sus potencialidades arquetípicas durante el verano, cuando quedan al descubierto al mermar las aguas... y esto, y aquello, y en su relato las cosas iban tejiendo su auténtico significado, su plena *realidad*, al tramarse con otras historias, con los viejos mitos, con los arquetipos de siempre.

Un día en Bogotá, doce años después del citado viaje, hablando con uno de mis amigos, otro de los tantos que conforman esa entrañable cofradía de quienes nos *sentamos* con don José en su mambadero –lugar ritual donde se procesa y consume la coca a la manera indígena; momento en que el hombre es transmutado mediante la alquimia de *la palabra*–, me contó lo que recordaba de una narración del Abuelo sobre ese viaje a Guaimaraya. En el relato ya cada cosa se había constelando armoniosamente, develando su más profunda verdad, cobrando su connotación plena. Entonces tuve la sensación de que mi propia vida, dislocada y nimia, tenía algún sentido porque de alguna manera uno de sus fragmentos estaba allí, pletórico de significados, urdido en el relato de un Sabedor amazónico. Un viaje en pos de mitos se iba tornando en mito.

Con el andar del tiempo, de no haber escrito lo anterior (22) y si ciertas circunstancias arcaicas como la de sentarse a oír relatos en los mambaderos (coqueaderos) perduraran en la Amazonia, con toda seguridad al cabo de unas cuantas generaciones, la crónica en que don José contaba su aventura puntual, al ser retomada por sucesivos narradores, terminaría por convertirse en una variable de las tantas aventuras de un héroe cultural mítico. Entonces, nuestros nombres serían absorbidos y eclipsados en el esplendor del arquetipo, y así, el sentido profundo de un acontecimiento puntual, transfigurado, se conservaría en la memoria de un pueblo.

De cómo los verdaderos viajes son míticos

El viaje auténtico –no el simple desplazar el bulto– es mítico en un doble frente: por una parte, tal como lo hemos insinuado, el viaje se va mitificando a medida que transcurre el tiempo, toda vez que las historias personales terminan por obedecer las normas estructurantes de los mitos de siempre; por otra parte, la atracción que ejerce lo incógnito tiene estirpe mítica.

Lo *incógnito* que atrae no es lo absolutamente desconocido, pues de serlo no podría desencadenar ninguna indagación. Lo incógnito cuya develación nos atrae es algo que se percibe como estando ya ahí.

El modelo de tal experiencia se da en los rituales iniciáticos en los que el adepto mediante una preparación adecuada, que implica la recepción de historias (mitos), ejercicios corporales especiales, ayunos, abstinencias, dietas –incluida en algunos casos la ingestión de enteógenos (23)– gestualidades y escenarios apropiados, termina por ser invadido por lo misterioso, la forma fascinante que adopta lo absolutamente Otro.

El viaje donde-cuando esto ocurre se llama peregrinación. En ésta se reactualizan a escala de la sociedad humana los viajes del héroe mítico, cuyos recorridos han signado el paisaje transformándolo en territorio, volviéndolo patria; más allá de sus límites está lo innominado, lo salvaje, lo carente de la impronta del personaje arquetípico quien abre senderos y hace mundo, domeñando o propiciando las Fuerzas míticas dueñas de los diferentes espacios, para que luego los hombres medren humanizando con su accionar cotidiano los entornos.

En las sociedades arcaicas, en especial en las tribales, el perito en estos viajes trascendentes, metafísicos, místicos, restauradores de arquetipos, es el chamán. En sus trances extáticos recorre los senderos fijados en los mitos. Habitualmente conjuga las dos dimensiones claves en cuyo intermedio habitan los hombres: el mundo de abajo, el inframundo, donde se cosecha la Fuerza mayor, la fábrica de realidades que emergen del seno procreador, maternal, para luego interpolarse, con suficiente raigambre y poder en los continuos del tiempo y del espacio cotidianos; pero también conjuga el mundo del arriba, la otra dimensión clave, por donde el vuelo suministra la posibilidad de visualizar el conjunto, de armarlo y así poder ubicar la partija, delimitándola, resolviendo los problemas que aquejan al propio chamán, a la comunidad por él orientada, a un miembro de ella, o algún sector del cosmos que él percibe en su propio cuerpo, organismo transmutado en sensible tela de araña, conectada con las tramas de otros cuidadores. Viaje para compenetrarse, para diluirse en la fábrica del mundo, y viaje para ascender y ver y dominar... Diónysos que danza y se confunde con el entorno, totalizando desde el sentir y, luego, Apolo que mira de lejos, totaliza desde la razón y ve cómo su flecha se clava en lo distante... y, por supuesto, Nietzsche, que los conjuga, y Atenea, la no parida, quien conjuga serpiente para hundirse en lo insondable y mochuelo de mirada penetrante para desnudar el ser de sus muchas apariencias.

Sí, todo viaje auténtico es, ante todo, eso. Sigue siéndolo aún en nuestra época, tan aparentemente de espaldas al asombro sacral: todo viaje es viaje hacia lo misterioso, busca compenetrarse con lo que subyuga y se adentra en el maravillarse para luego, saliendo de él, armar el mundo, ubicar y ubicarse. Viajar es hacer verdad, puesto que se trata de apartar velos, ese velo que es toda lejanía.

Pero el Gran Sabedor, el especialista en la tradición milenaria no sólo hace viajes extáticos. Visita físicamente los sitios sagrados, los que mojonan el territorio ancestral. Él es, al fin de cuentas, quien tiene cura del territorio. Se entrevista con los Dueños de los lugares y

les hace ofrendas para que sigan administrando las Fuerzas que han de mantener el orden cósmico, ése del que depende la abundancia de productos de recolección, de presas de caza y pesca, el que confiere a la tierra el poder para producir cosechas generosas, y esa otra buena cosecha que brota del vientre fecundo de las mujeres de la tribu. Y así, en cada peregrinar el Sabedor siente y sabe que reactualiza el cosmos, y regresa y cuenta y orienta y vigila y cuida.

El viajero religioso, el viajero artista –y, entre esta categoría, los poetas– el viajero filósofo, el viajero científico (nunca el turista para quien se domestican y banalizan los asombros)... tienen en sus respectivas disciplinas un elemento común que les viene a todas ellas de hundir sus raíces originales en el humus arcaico del mito. Se maravillan (Platón, Aristóteles), algo les es insólito, algo no les pasa desapercibido; se rinden a ello amorosamente (todas esas disciplinas evidencian el amor) y luego, al tratar de reconstruir esa experiencia fundante, elaboran sistemas, es decir, *mapas*, o generan arte, el que también tiene su *sistema*: el estilo de cada gran artista. Pero el arte permanece mucho más ligado a lo fontal, toma menos distancia de ello, y, en definitiva, el mejor no resulta de aumentar la lejanía sino de haberla aminorado (24). De las cuatro aproximaciones las más emparentadas con el mito son el arte y la religión, quizás porque el creador y el místico buscan convertirse en instrumentos en donde, simplemente, lo inabarcable y bello module su decir, trocándose en gesto, palabra u obra a escala de los efímeros.

Ahondemos un tanto más en esto de cómo se mitologizan los viajes. Se ha dicho con frecuencia que los mitos tienen su fundamento en acontecimientos históricos, en sucesos que han tenido ocurrencia en un tiempo y espacio determinados, localizables, ubicables en definitiva dentro de dimensiones cuantitativas. Dichos sucesos con el andar del tiempo se deforman, adquiriendo ribetes fantásticos, falsos siempre y hasta inconsistentes. Esto es, desde luego, una de las apreciaciones peyorativas del mito.

El secreto del planteamiento equilibrado está en variar un poco las valencias. Desde luego los mitos tienen un origen en el tiempo cuantitativo. Para ir al fondo, en algún momento concreto en el largo viaje de la especie –el hombre es toda su historia– la estructura mítica, resultado de una conjunción de factores –en que se destaca la capacidad de maravillarse y fraguar símbolos¹ para contener lo que maravilla–, eclosionó generando la primera dimensión del espíritu, quedando como una fuente perenne engrandecida por la nostalgia. Bosquejado esto, quizás lo más develador es afirmar que un mito –en cuanto relato– sólo es tal cuando borra lo cuantitativo del espacio y del tiempo, es decir, sólo en tanto que anule aquello que confiere precisión y límite al acontecimiento, y no con la intención expresa de alterarlo, sino por la necesidad de darle su máxima connotación. El hecho desprovisto de aquello que lo precisa y limita cobra una dimensión de valor que, al colocarlo más allá de los tiempos y espacios cotidianos, lo eterniza y lo hace ubicuo. Lejos está de la *mitopoiesis* (mitificar) luchar contra el olvido. La labor del accionar mitopoético es hacer olvidar los detalles para centrarse en la significación de uno o de varios de los factores que integran el acontecimiento. Es entonces, cuando eliminado el exceso, el ruido, o se funda un nuevo paradigma que inaugura una nueva faceta del hombre, o viene en auxilio uno viejo, un modelo ejemplar, un arquetipo (25) que acoge, como en una especie de gaveta o molde, un aspecto del hecho haciéndolo plenamente significativo, dándole peso de realidad.

Sólo cuando un componente del acontecer se identifica con un modelo o genera uno distinto, el hecho cobra plena validez, colma su sentido en ese momento, pero sin quedar prisionero de un límite; en él estará siempre presente la vocación de lo abierto, de lo no

¹ El símbolo puede ser gestual, verbal, musical, gráfico, táctil... y si hay más sentidos, se han de agregar más facetas de experiencia y manifestación.

amurallado, presto a recibir otros contenidos y a ser constelado en otras formas; el mundo de la vida, que es cambiante, lo exige.

De cómo los viajes construyen, desencadenan y agrandan el espíritu

Hubo viajes que resultaron decisivos para la sobrevivencia de la especie humana; algo más: viajes que incidieron en la aparición de los rasgos distintivos de lo humano. Viajar es peligroso pero siempre hay algo fascinante y prometedor en el confín del horizonte. Pudieron ser viajes de unas decenas de metros: salir del hábitat selvático para entrar en la sabana arbustiva o abierta; o de muchos kilómetros: abandonar el territorio de la banda para afrontar lo desconocido, irse, posponer la lontananza y buscar y buscar la tierra sin mal; o bien terminar añorando los ámbitos familiares hasta crear la nostalgia de un paraíso perdido – “todos los paraísos son paraísos perdidos” (no recuerdo al genio que escribió esto; me dijo un alumno que es de Borges)–. Viajes que dieron como resultado toparse con el *otro*, un alguien quien siendo como yo, sin embargo es diferente; encuentros que dilataron el horizonte, agrandaron el espíritu y le otorgaron sentido al valor del propio rostro.

Y todas esas experiencias de la especie –algunas ya fijadas genéticamente, por haber estampado su impronta durante millones de años, y las más, milenarias, conformando la cultura misma– llegan al hoy acuñadas en arquetipos e instituciones, con los cuales y dentro de las cuales estructuramos e instalamos nuestro vivir.

Aún en tiempos mucho más recientes hubo viajes que inauguraron nuevas facetas de lo humano. Algunas son muy sutiles, casi imperceptibles, pero, como todas las aventuras del espíritu los cambios mínimos dan lugar a revoluciones inconmensurables, gestan nuevas dimensiones en que no sólo los mismos hechos son interpretados de modo distinto, sino que se generan nuevos fenómenos. La *realidad* se construye; parte siempre de una materia prima que está ahí en continuo proceso de nuevas formalizaciones. Pienso en aquellos filósofos presocráticos, grandes viajeros, quienes corrieron riesgo mortal al formular su desconfianza de la tradición, abriendo la brecha por donde se generaría y extendería el relativismo y su necesario corolario, la autocrítica, que vuelta actitud constituye una de las mayores conquistas del hombre humano.

Los etíopes dicen que sus dioses son chatos y negros y los dioses de los tracios tienen los ojos azules y el pelo rubio. (Fr. 171).

Si los bueyes, los caballos o los leones tuvieran manos y fueran capaces de pintar con ellas y de hacer figuras como los hombres, los caballos dibujarían las imágenes de los dioses semejantes a las de los caballos y los bueyes semejantes a las de los bueyes y harían sus cuerpos tal como cada uno tiene el suyo. (Fr. 172).

Así concluía Jenófanes algunas de sus anchas reflexiones, trasunto, muy probable, de sus experiencias como desterrado. Él lo fue. Los expatriados las tienen largas, anchas y profundas, igual que sus caminos. Ensanchan el mundo, lo vuelven una patria inmensa para que en él quepa su nostalgia. Sus frases simbolizan una de las conquistas dimensionales más formidables de esa gran aventura intelectual y moral de los antiguos griegos. Ámbito de

autocrítica que con harta frecuencia se abandona; resulta incómodo, exigente; obliga a buscar generalizaciones englobantes, incluyentes, que superen la ceguera de la partija.

Pero las dimensiones muy recientes del espíritu son frágiles. Para la época de la Invasión de América –no hablo de *descubrimiento* porque éste lo realizaron hace mucho más de 40 milenios (... por ahora) los proto amerindios que pasaron por Behring, o, más tarde, los navegantes del Pacífico (¿y del Atlántico?) que orientaban sus rumbos por el batir de ciertas olas, presencia de aves, desechos flotantes, formas de nubes y posición de las estrellas– ese gran logro del espíritu se había perdido a nivel de civilización. Los recién llegados solamente admitían una sola verdad, un solo dios, un solo rey, un solo rostro humano... los de ellos.

No obstante, hubo viajeros europeos tocados por el espíritu abierto, prestos a admirar, amar y asimilar lo que iba apareciendo ante sus ojos deslumbrados. Y en la mirada de ese otro (mayoritariamente *otra*), que recién reconocieron y encontraban, se descubrieron y se hallaron empotrados en una cultura de la muerte (guerra, violación, tortura, despojo, esclavismo y su forma solapada: encomienda y servidumbre), pero tuvieron el suficiente vigor moral para alzar sus voces luchando contra quienes afirmaban que lo único valioso que aquí había era el oro, sin percatarse –enceguecidos como estaban por la más desmesurada de las ambiciones que la historia haya registrado– de los muchos otros *oros* de esta tierra inmensa; *Tierra-en-plena-madurez* –Abya-Yala– como la llaman los Tules (Kunas), y no ese *Nuevo Mundo*, pretendidamente vacío, sin dueños, calificativo acuñado para que otros entren a saco y se lo apropien. Milenarias civilizaciones, profundas sabidurías, variadísimas culturas; y había otros cielos y otras constelaciones, y otras plantas y las bestias no eran inferiores –como mucho después diría el más eurocéntrico de todos los habitantes de esa península asiática llamada Europa–; la tierra era más grande y para comprenderla y abarcarla hubo que echar mano, otra vez, de los mitos y poblarla de monstruos, esos divertimentos del pensar con que se llena lo ignoto. Los resultados de los viajes transoceánicos configuraron al hombre moderno, lo dimensionaron a una escala no sólo soñada; los viajes en redondo curtieron definitivamente en la piel aquello entrevisto por los astrónomos únicamente en sus lucubraciones, esas aventuras del espíritu iluminadas por tantas hogueras que fueron encendidas para apagar la *luz*. La conciencia plena de la nueva configuración de la tierra propició la reformulación de otras hipótesis que, a pesar de las ordalías inquisitoriales, llevaron finalmente a otros descubrimientos y a la conformación de nuevas cosmovisiones. Si bien la tierra dejó de ser el centro, los hombres del Renacimiento (Bruno) comenzaron a habitar el cosmos, el inconmensurable, el de muchos mundos.

La labor de develamiento de Abya-Yala (“América”) todavía persiste. Aún en los inicios del tercer milenio es posible hacer viajes a lo abscóndito. Hay pueblos indígenas que todavía permanecen –y, aunque suene paradójico, ojalá prolonguen su dicha (26)– sin contacto con los temibles *blancos* y, sobre todo, aún se mantienen y se desarrollan inmensos saberes todavía no globalizados. Afirman ciertos naturalistas que aún resta por inventariar para la ciencia planetaria no menos del 30% de la flora y fauna amazónicas, y esto solamente en cuanto a determinación de especies (en realidad se experimenta cierto desasosiego epistemológico sobre la forma en que puedan efectuarse estos metrajés sobre lo desconocido); desde luego, se dan evidencias suficientes para afirmar que el inventario floral, en su casi totalidad, y buena parte del faunístico (lo no microscópico), parece reposar ya en la mente de los sabedores indígenas que no hayan sido degradados ni expulsados de sus territorios ancestrales. En sus sistemas cosmovisionales no sólo se dan eficientes taxonomías de los seres que constituyen su abigarrado hábitat; a esto se agrega el telón de fondo que permite la elaboración de esas clasificaciones: un conocimiento minucioso de propiedades,

comportamientos y relaciones. En cuanto a utilidades medicinales, desde alimenticias hasta curativas, la presencia reciente de técnicas bioenergéticas y homeopáticas en las investigaciones está permitiendo una mejor penetración comprensiva en esos delicados y complejos acervos conceptuales, que es en donde reposan las claves de la efectividad de sus fórmulas.

Todavía hay cimas y simas y cuevas no holladas por el hombre y vestigios de civilizaciones desaparecidas. Todavía la gente de hoy puede adentrarse en lo ignoto como cualquier aventurero de siglos anteriores... quizás en uno de esos viajes nuestro espíritu genere otra dimensión. Entonces habremos cumplido la tarea de agrandararlo.

Los viajes también logran refundar al ser humano, ser que se mueve entre la conciencia de un origen y de un destino; estos dos momentos terminan por coincidir; los separa un viaje.

Sucede que muchos viajeros se adentran en territorios desconocidos con la esperanza de encontrar comunidades en donde aún se puedan observar comportamientos arcaicos. Su interés es reconstruir por analogía el pasado de esa deriva de la historia a la cual ellos mismos pertenecen.

Si bien este proceder se nutre del prejuicio de considerar *sin historia* (léase: sin cambio) a los *otros*, su intención convierte ese ir en un hundirse en el pasado, en un anular el tiempo, pagando tributo al eterno retorno. No conozco viaje más hondo en este sentido que aquel ideado en *Los pasos perdidos* del cubano Carpentier. Son intentos para empotrarnos en nuestro propio humus, para sembrarnos en él y poder así cosechar los asombros fundantes, reemplazados por tanto adjetivo consumista. Y así como esas culturas mal llamadas primitivas, aún persistentes, ya no podrán ser como lo eran antes del encuentro con la cultura llamada dominante, ésta, es decir, los miembros fronterizos de ésta, no deberían ser como antes. Se ha de aprender y compartir para abrirse a una cultura planetaria que bregue por recuperar la mayor parte de los logros pasados y presentes ocurridos en la gran aventura humana, en toda la aventura humana.

Pero también, ahora, rompiendo el cascarón, seguimos en pos de «El Viajero», la sonda espacial con la que nos hundimos en el más inmenso afuera (27). Estos viajes son futuro. De allá sentimos el llamado. Quizás porque no somos otra cosa que polvo de estrellas... desde luego que "polvo enamorado" (Quevedo). Y así cumplimos la parábola vital: un origen y un destino; curvatura en la que el fin coincide con la base del comienzo; ola que se levanta para, finalmente, caer entre lo inmenso.

Nota: En algunas palabras del uitoto se emplea la letra / ï /. Equivale a una vocal alta central o posterior no labializada. Sonido entre / e / e / i /.

SIRENAS

¿Qué sirena cantaba
cuando extendí por vez primera
las alas de mi nao?

¿Quién,
ahora,
cuando las sombras de la tarde
recorren mi ensenada,
me ha de llamar desde el otro lado de lo allende?

Habré de oír de nuevo la voz de la sirena,
un día
en que nada me amarre.

Bogotá, septiembre 3/95

Un libro de viajeros y cronistas (28)

– **Comentario y presentación del libro *Mensajeros del Trópico Amazónico* de Beatriz Alzate** –

Tener en las manos un libro sobre viajeros y cronistas del Amazonas, es como tener en el puño infinidad de caminos. Beatriz Alzate los recorrió con la dedicación de quien ama profundamente su asunto y ahora nos entrega este escrito para guiarnos en el laberinto amazónico.

Luego de recorrer sus páginas, donde figuran apretadas síntesis de las prolijas andanzas de tan variados personajes, el mapa amazónico empieza a cobrar nuevos sentidos. Se puebla de historias; deja de ser aquello determinado por líneas abstractas; crece desde dentro; se llena de rostros; cada recorrido agranda el paisaje; éste termina siendo la sumatoria de todas las miradas, igual que el espíritu humano es la síntesis de todos los andares; cada mirada agrega algo y hace ver algo no percibido antes. Así se llega a comprender mejor el cuento aquel de Borges en que los cartógrafos duplican a escala exacta el mapa de la realidad. Yo diría que la agrandan ensanchando de paso el alma para darle cabida. Retazos de ese mapa inconmensurable los encontramos hoy en este libro.

Presentación de la obra el día de su lanzamiento

Museo del Chicó
Bogotá, Abril 23 de 1996

Esta noche, estamos aquí en función de una obra de Beatriz Alzate. En la carrera intelectual de su autora no constituye un comienzo; y por fortuna, todos presentimos que tampoco será un final.

No es un comienzo. Este volumen llega precedido de otros enjundiosos escritos: numerosos artículos y ponencias en congresos nacionales e internacionales; también otras bibliografías, esas obras que constituyen la venia benevolente que un autor le hace a muchos autores, las más de las veces rescatándolos del olvido.

Pero, hay otras ejecutorias de Beatriz Alzate que no tienen el peso del papel escrito; tienen la ligereza aérea de las palabras, que no obstante son de aquéllas que se escriben en el alma para un siempre que tiene la duración de nuestra vida. Quienes hemos tenido la fortuna de ser sus amigos la hemos visto acicateando, promoviendo la ejecución de eventos culturales de diversa índole, animando a sus discípulos, estimulando a sus allegados. Y todo esto las más de las veces en función de su patria adoptiva, una en que se funden las fronteras de nueve países: la Amazonia. ¡Vaya patria grande la que tiene Beatriz!

Porque ha sido ella una de las personas, yo diría: casi una institución, que más han contribuido entre nosotros a la difusión de esa maravillosa realidad natural y humana que es la Amazonia.

En esa continua y tesonera labor, la autora del libro que hoy presentamos ha logrado reunir, contactar y relacionar a muchas gentes que luchaban desde bastiones aislados. Esta ha sido una de sus principales y más fecundas ejecutorias. Ha logrado interrelacionar a muchos amazonólogos vivos, así como en esta bibliografía, libro que hoy nos convoca, lo ha hecho con los que habitan ya en el silencio, un silencio que, sin embargo, continúa hablando con la fuerza descomunal de lo cada vez más profundo.

En el día de hoy, por coincidencia consagrado por la UNESCO al Libro y al Autor, rendimos homenaje, gracias a Beatriz Alzate, a quienes nos dejaron memoria de sus viajes, de sus experiencias en el intrincado y vasto mundo amazónico, haciéndolo más grande y más complejo.

La bibliografía comentada que hoy se nos presenta es una invitación, como toda bibliografía, a profundizarnos en un tema de la mano de muchos autores; en este caso se trata de la polifacética realidad amazónica. Pero no sólo resulta una invitación a la lectura de aquellos escritores que más se compaginen con la inclinación personal de sus posibles lectores. Esta obra constituye una invitación a experimentar la Amazonia y no a la manera de los turistas, esos que profanan los asombros, tribalizándolos. Es una invitación a imitar a quienes escribieron estas obras. Es convidar a penetrar en el laberinto amazónico; laberinto natural –la selva más extensa y biodiversa del planeta–; pero también dédalo conceptual, no sólo por la prodigiosa y vasta concepción que sobre sus entornos y culturas poseen los indígenas, sino por ser ahí donde se concita la discusión sobre una problemática que tiene en vilo al planeta tierra. La problemática ecológica mundial hace del mundo amazónico uno de sus ámbitos más críticos, toda vez que se plantea un enfrentamiento aparentemente irreconciliable: *necesidad* (¿?) de desarrollarse siguiendo el consumismo propio de las naciones que lideran económicamente al mundo (pareciera ser que la clave de ese desarrollismo fuera la capacidad de producir más basura), frente a la necesidad de reorientar la sociedad con patrones armonizables, sostenibles, que permitan la salvaguarda de nuestro azul hogar planetario.

Es ésta, insisto, una invitación a penetrar el laberinto amazónico: quizás al final, cuando estemos en él, demos con la clave del secreto. El secreto de todos los laberintos está en encontrarse con uno mismo. En el fondo no hay Minotauro. Sólo un espejo. Si el recorrido

ha sido rico en experiencias y en transformaciones, eso es lo que veremos reflejado en el azogue. Beatriz Alzate con su nueva Bibliografía nos invita a recorrer el dédalo amazónico, quizás el más complejo y asombroso de todos los laberintos.

Muchas gracias.



Laberinto (conformado por la reunión de dos trampas). Petroglifo N° 943, localizado en 1978 en los roquedales del quebradón de Zainí, en la región de Guaymaraya, comarca de Araracuara, curso medio del río Caquetá. Amazonia colombiana. La clave es *LO ABIERTO*.

-¡VEN, TESEO!
-DIJO ARIADNA-,
Y LE ENTREGÓ EL OVILLO.
CON ÉL LE DIO EL AMOR,
ESE OTRO LABERINTO.

Notas

1.- Este texto inicialmente figuró entre las *Lecturas* del curso de contexto «Mito, rito y arte rupestre amazónicos». Con distintos énfasis y variaciones se dictó en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia desde mediados de la década del 90 hasta el 2004. Se ha venido publicando como artículo desde 1996: como prólogo en el libro de Beatriz ALZATE, *Mensajeros del trópico Amazónico*, Ed. Informarte, Bogotá, y en la Revista *Texto y Contexto*, N° 30: 122-134, Ed. Universidad de Los Andes, Bogotá. Una versión más, en la Revista *Palimpsesto*, N°2, 2002: 208-214, Ed. Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. La presente versión complementa y corrige un tanto las anteriores. Cuando cursaba bachillerato, el Hermano Andrés (Comunidad de Hermanos Cristianos de San Juan Bautista de La Salle), en Pamplona, me dijo: “Lo clásico consiste más en perfeccionar algo, sea propio o ajeno, que en estar pretendiendo ser cada vez original”. Dos hechos luctuosos: en 2014 murieron dos personas muy entrañables para el autor: Roberto Franco, nuestro especialista en “indígenas aislados” y el Abuelo Noé Rodríguez, cacique de Guaimaraya.

2.- Febrero de 1978.

3.- Tradicionalmente el varón uitoto y muinane fija su residencia dentro de la maloca (o territorio) del clan paterno; es –al decir del Abuelo Noé Rodríguez– “estantillo de la propia maloca”, en tanto que la mujer queda adscrita a la maloca de su esposo; al decir del mismo Abuelo “es cernidor en otra maloca”.

4.- *Maguaré o manguaré*: instrumento compuesto de dos grandes tambores confeccionados con troncos enterizos de madera ahuecada mediante fuego y raspado. Se ejecuta golpeando los dos tambores con sendos mazos de madera recubiertos de caucho reforzado con cuerda de hilo de palma cumare. Los puntos a lo largo del instrumento, las intensidades y alternancias variables en el golpeteo, obedientes a un código, generan mensajes. El mayor de los tambores –considerado hembra preñada– llega hasta 1.80 metros de largo por más de dos de abarcadura; el otro –el macho–, es sensiblemente más delgado. Véase, Urbina 2000. “La metamorfosis de Yiida Buinaima. Versiones de los uitotos y muinanes sobre el origen mítico y la hechura del maguaré”. *Boletín del Museo del Oro*, N° 46, Enero. <http://ww.banrep.gov.co/museo/boltin>

5.- Personaje mítico central de una crónica publicada bajo el título “Mito y gesto – Un relato de don José García”, Revista *Antípoda*, 2006, N° 3, pgs. 11-19; y fotografías de carátula e interiores; Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá; también en el segundo tomo de memorias de las «Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana –JALLA 206–», publicación hecha en Bogotá (2008) entre las Universidades Javeriana, Andes y Nacional, pgs. 297-309; las dos ediciones tienen fallas, especialmente la segunda. Como exposición fotográfica y textual (incluye todo el relato y algo de la gestualidad que lo explicitaba), comenzó su itinerario en 1978 durante el I Congreso de Antropología en Colombia; reposa como documento en el Archivo General de la Nación en su sede de Bogotá. Última publicación, como artículo, en el libro *El paraíso del diablo – Roger Casement y el*

informe del Putumayo, un siglo después; Edrs., C. Steiner, C. Páramo y R. Pineda; Ed. Universidades Andes y Nacional, Bogotá, 2015.

6.- El endriago le da al Abuelo el *remedio* mágico (un vegetal) para cazar gallinetas, pero le advierte que sólo podrá cobrar cinco ejemplares en cada partida. El Abuelo, luego de ser fiel al compromiso, termina por incumplir y abate un día siete y después, en otra oportunidad, diez, haciéndose merecedor de castigo por haberse convertido en un «predador exagerado», contraviniendo el acuerdo. El caso permite colegir la existencia de una norma ecológica ya plenamente interiorizada.

7.- Don José García, siendo muy niño, presenció el deceso de su ancestro (abuelo materno) y se constituyó en parte clave de dicho acontecimiento.

8.- Las fragosidades de la permanencia de este tozudo prusiano las ha consignado él mismo en su célebre obra *Religión y mitología de los uitotos* (edición bilingüe uitoto-alemán de 1921-3; trad. esp. de la primera parte estuvo a cargo de Ricardo Castañeda; de la segunda, Gabrielle Petersen y Eudocio Berra, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1994); su compulsiva dedicación a consignar las tradiciones, durante los escasos meses de permanencia en la comunidad indígena, hacía rabiarse hasta las lágrimas a sus anfitriones (tratados por él como empleados) acostumbrados a los ritmos naturales de la transmisión del saber, que ha de dar siempre paso a la amistad, al esparcimiento y al goce. De no ser así, ¿para qué *saber*?

9.- Esta situación de profundo desprecio por parte de muchos indígenas hacia su propia cultura, ha venido cambiando sensiblemente en Colombia durante los últimos lustros, a partir de las propuestas de la Asamblea Constituyente y de la nueva Carta Constitucional de la República (1991), donde se reconoce formal y abiertamente a las culturas indígenas como parte fundamental y estructural de la nacionalidad. Del reconocimiento de Colombia como una nación multiétnica y pluricultural deriva un decidido respeto –formal y jurídico– hacia las comunidades indígenas. Este cambio de actitud y de medidas por parte de la Nación colombiana, han traído aparejadas una serie de ventajas económicas para las comunidades aborígenes y afrocolombianas y rom. En algunos aspectos y ámbitos, ahora viene resultando “buen negocio” ser indígena. Como consecuencia, muchos aborígenes tratan de rescatar y aquilatar los elementos culturales que han sobrevivido a la debacle causada por más de 500 años de presión genocida y etnocida a gran escala. Los resultados son imprecisos ya que si bien, por una parte, hay entre los indígenas grupos e individuos realmente dedicados al salvamento, asimilación y recreación de la tradición propia, también los hay que simplemente utilizan un discurso oportunista y falaz con el fin de obtener ventajas personales inmediatas y sin la más mínima preocupación por la suerte de su propia cultura, que dicen defender pero que en el fondo ya desprecian. Además, se ha de tener muy en cuenta que si bien la nueva Constitución constituye un decidido avance para la política y la justicia favorable a los indígenas, no obstante, muchos sectores de gran peso en el país, mantienen una efectiva posición en contra de los aborígenes (como también en contra de las comunidades negras, los raizales y el pueblo rom –gitanos–), fruto de una estructura racista, con un fuerte componente de interés económico y político. Es el caso –en zonas fronterizas con presencia de comunidades indígenas– de muchos terratenientes –o de colonos que aspiran a serlo– y de conventículos de muchas cataduras (guerrilla, políticos, narcotraficantes, paramilitares –y su síntesis: políticoslatifundistasnarcoparamilitares–), que ven con terror el avance de las

organizaciones indígenas en la conquista del poder real. En este último caso fue noticia resonante (febrero 2001) las amenazas proferidas contra Tunubalá, el primer Gobernador Departamental (Cauca) indígena electo en Colombia y contra su equipo de gobierno. Hay que agregar (agosto de 2004) que en los últimos dos años, la arremetida de terratenientes, paramilitares, narcotráfico y guerrilla contra los indígenas ha dado como resultado la muerte de 200 de sus líderes; y por estos días (mayo de 2006) la orden efectiva de acoso a los indígenas, impartida por la nueva dirigencia caucana (la vieja clase esclavista y terrateniente) continúa produciendo cruentos enfrentamientos y tropelías, ante la indiferencia palpable del Gobierno central... Al fin de cuentas, los indígenas son vistos por los neoliberales –servidores a ultranza de la globalización económica y cultural– como el mayor lastre. Hoy mediados del 2012, en que se lanza esta página WEB, y luego del funesto y prolongado –fraudentamente (Yidispolítica)– mandato presidencial anterior, la suerte de los indígenas se continúa viendo seriamente amenazada por los guerreros de todas las pelambres. El asesinato de indígenas, por ser indígenas y el reclutamiento forzado de niños indígenas en las filas insurgentes, persiste. De todas maneras, la nación se viene permeando –muy lentamente, es cierto– de interculturalismo; fórmula para superar los rezagos del colonialismo y su transición por el multiculturalismo (tengo conciencia de que este texto es un palimpsesto).

10.- Las obras del arqueólogo Eliécer Silva Celis, Fundador y Director del Museo Arqueológico de Sogamoso, dan cuenta de este conjunto de petroglifos.

11.- Y del mundo. Incluso en la cultura en la que, aparentemente, se ha efectuado la condena mayor de aquello negativo que puede llegar a simbolizar la serpiente: lo demoníaco mismo. Se trata de *La Biblia*, el gran libro, tenido aún por muchos creyentes como la “Palabra de Dios”. Si se lee con una cierta malicia se observará que fue el ceder –por obra de la curiosidad– a la tentación propuesta por un demonio-serpiente, lo que permitió que el hombre adquiriera aquello que lo define como ser humano: el conocimiento (saber distinguir entre el bien y el mal); la moralidad (sentir vergüenza) y la instrumentación: el traje. Ello permitió emerger de la matriz natural: ese paraíso en que deambulaba sin consciencia. Y la mujer fue la responsable, por ser curiosa, es decir, por ser, de los dos, la más inteligente.

12.- Publiqué el libro *Dijjoma – El hombre-serpiente-águila*, con la Secretaría del Convenio Andrés Bello, Bogotá, 2004.

13.- La repartición comienza, en forma alternada, desde la cola y desde la cabeza. Cuando se llega al centro, donde el cuerpo de la bestia se abulta, se suspende la segmentación. El mito subraya que esto se hace con el fin de evitar que alguien se tenga por más o por menos importante de acuerdo al tamaño del trozo que le haya sido asignado. La parte central se reserva para construir el maguaré, pareja de tambores que son usados para emitir muchos tipos de mensajes, pero especialmente los relacionados con la ejecución de los *bailes*, ritos mediante los cuales, en los giros de las danzas, que imitan el ondular de la Gran Sierpe, los diversos grupos reconstruyen la unidad primigenia.

14.- Cabría objetar, siguiendo la lógica de la obviedad, que bien hubiera podido *Dijjoma (El-troceador)*, al llegar a la parte más gruesa del ofidio, disminuir el ancho de los cortes, para que todos obtuvieran la misma cantidad de carne. Pero esa es una de las formas propias del mito: muy estricto en unas cosas, laxo y hasta contradictorio en otras. De no ser así *no*

habría cuento. Tampoco habría manera de referirse a una realidad, o reconstruirla; más aún: toda descripción exacta, completa, resulta una tautología inútil. En el fondo la cultura pretende *repetir realidades* (¿calcarlas?), pero sólo termina por *recrearlas*; toda recreación auténtica es algo más, o algo menos. La exactitud no es interesante, ni mucho menos dinamizadora. Lo esencial del pensar útil no es la repetición sino el quiebre.

15.- Norma de distribución de las presas –o de sus partes–; se estipula que nadie quede sin lo indispensable para sobrevivir.

16.- Petroglifo; en uitoto es *kuega*, que los hablantes de esta lengua traducen por *dibujo, escrito*. Abordo el tema del arte rupestre amazónico especialmente en dos largos artículos publicados en el *Boletín Museo del Oro* (Ns. 30 y 36), Banco de la República de Colombia, Bogotá; se pueden consultar en su página WEB; en mi libro *Dijjoma – El hombre-serpiente-águila* (Ed. Convenio Andrés Bello), y en “El Indígena En La Constitución De Colombia”, en *La joven Constitución de Colombia*, Editor Carlos Nicolás Hernández, 2011.

17.- *Completa* se refiere a la variable que maneje el Sabedor que narre el mito. No se refiere a la totalidad de las variables.

18.- En la tradición más estricta, los relatos que cuentan *fracasos* (*iigai* = historia de castigo: ver Urbina, “Mitos, iniciaciones y misterios” en *Hojas Universitarias*, Revista de la Universidad Central, N°49, julio 2000, Bogotá) no se deben narrar en el coqueadero, lugar reservado al *rafue*; equivaldrían a una palabra de desorden en la fragua del orden. No obstante, hay Sabedores que consideran que los *mitos* sí se pueden narrar en tal lugar, y refuerzan la afirmación puntualizando que es allí donde se *deben contar* porque ese ámbito y momento es el apropiado, donde las fuerzas desorganizadoras que mientan las *historias de castigo* pueden ser controladas. Este control implica *voltear lo negativo* (“darle vuelta a la oreja”), *arreglarlo*; operación que consiste en ir al ayer sin transcurso (pero sí con secuencias) del relato mítico y encontrar allí, en alguna de sus formulaciones, la manera de *hacer un quiebre*, una torsión, de tal manera que lo que venga *amargo* pueda ser *endulzado*. Esta técnica para *corregir* la realidad en beneficio del clan la he presenciado en repetidas ocasiones. Una de las más notorias –para mí– se dio en la maloca del Abuelo Eusebio Mendoza durante la preparación de un Baile. Los Sabedores sobre los que recaía la responsabilidad de su buen manejo eran don Julio Rivera y don Jiagama; muinane el uno, uitoto el otro. Había pedido y se me había concedido desde Bogotá el permiso para grabar los preparativos rituales del evento, prolegómenos que implican rastrear muy bien en la mítica la justificación de la realización del suceso sacral, cosa de suma importancia, pues una tal ceremonia convoca las poderosas fuerzas del origen, las cuales han de quedar contenidas en la impecabilidad del rito. A mi arribo los Sabedores llevaban ya varias noches meditando el asunto y rastreando en la tradición. El día de mi llegada percibí un nerviosismo especial; lo atribuí al hecho bien conocido de que los preámbulos de una Fiesta son especialmente delicados por los peligros que encierran. Es el caso de cómo los espíritus de los animales (sus Dueños) al ser nombrados –puesto que en los preparativos de un Baile se hace referencia obligada a orígenes absolutos, al ámbito de la indeterminación hombre-bestia– alistan sus argucias para echar a pique el ritual en que la gente afirma sus ventajas frente al mundo silvestre. Esta invectiva de los seres opuestos al hombre en la dialéctica cósmica (cf. Urbina:

1987. "Notas sobre un relato de curanderismo de la Gente de Murui [Uitotos]". *Boletín de Antropología*, vol. 6, No. 21: 161-197, Universidad de Antioquia, Medellín), se manifiesta claramente en el aumento de rencillas entre la gente en los días previos al Baile. Los Sabedores han de estar prestos a encauzar y controlar estos brotes de desorden. La noche de mi llegada, los Abuelos estaban *atorados*: no encontraban la forma de resolver una dificultad. Los vi muy preocupados y tensos. Cuando intenté grabar el parlamento que sostenían, uno de los Abuelos –famoso por su mal genio– me miró furibundo y me ordenó a través de don Eusebio que no fuera a grabar; no era nada conveniente en ese momento de dubitaciones graves. De quedar esas vacilaciones consignadas habría sido especialmente peligroso para los propios Abuelos y, por ende, para la comunidad. Sólo es permitido hacerlo cuando las cosas están bajo estricto control –bien guardadas en su canasto pertinente–, cuando ya han sido arregladas, “puestas en cintura” diríamos por aquí. Me dediqué entonces –ahí sí con expreso y puntual consentimiento del Dueño del Baile, flanqueado por su asesor– a fotografiar la preparación de la sal vegetal: allí mediante el fuego se transmutaba lo silvestre, humanizándolo; igual hacían los Habladores mediante el fuego de su Palabra.

19.- En la sistemática (cosmovisión) de los uitotos y muinanes, cada ser es el contenido de la Fuerza cuya convocatoria –y despliegue– lo hizo posible, confiriéndole existencia; la Palabra de *poder* tiene la capacidad de soltarla y de encerrarla nuevamente.

20.- En uitoto es *yera*: pasta de tabaco –*Tabaco tabacum*– revuelto con sal vegetal. Se consume por vía oral, untando el dedo o un palito y chupándolo. El procedimiento implica recoger las hojas de tabaco, someterlas durante largas horas a cocción, exprimirlas y mermar a fuego lento el caldo y, finalmente, agregar mucílagos para darle algo más de espesor. La sal vegetal se prepara a partir de diversas partes de una muy larga lista de plantas, escogidas de acuerdo a la necesidad de obtener determinado tipo de producto, indispensable para una específica operación ritual. Las cortezas, inflorescencias, raíces, espinas o, incluso, todo un árbol, se reducen a cenizas a las que se les agrega agua y se procede a filtrar; la infusión resultante, sometida a cocción, se deja mermar hasta que en el fondo del recipiente sólo quede una sustancia blancuzca, un poso muy rico en minerales; es esta *sal* la que se agrega al tabaco. Se clasifica también como *sal vegetal* la sustancia que se obtiene de algunas especies de insectos, empleando el mismo procedimiento. El ambil, tomado en cierta cantidad, produce *borrachería, es decir, un estado alterno de consciencia*. Es el compañero inseparable de la coca –*Erythroxylon coca* var. *ipadu*–. ¡No la cocaína! La forma de manejo y uso de la coca por parte de las comunidades indígenas amazónicas es la siguiente: recolectar las hojas desprendiéndolas con delicadeza (en forma escrupulosa, *religiosa*; se trata de una planta sagrada), tostarlas y pilarlas; una vez machacadas, se revuelven con cenizas de hojas secas de yarumo (*Cecropia spp.*); la mezcla se coloca en una talega de lienzo y se cierra; se obtiene así un finísimo polvo, el mambe, que es consumido por vía oral, forma óptima de aprovechar todos sus muy benéficos componentes: nutricionales, digestivos y estimulantes; los últimos operan sólo si el polvo, como bolas ensalivadas, queda detenido por largo rato en los carrillos, impregnando las mucosas bucales. La ingesta de coca, así preparada, se denomina *coquear* o *mambear*. Las comunidades indígenas consideran la coca y el tabaco *alimentos*, a escala dietética y no sólo *comida ritual* (ver al respecto: PINEDA, Roberto, “Etnografía del mambeadero: espacio de la coca”, en *Texto y Contexto*, N° 9, pgs. 113-127, Universidad de los Andes, Bogotá, 1986; URBINA, Fernando, *Amazonia. Naturaleza y Cultura*, Banco de Occidente, Bogotá, 1986, y *Las hojas del poder*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá,

1992; CANDRE, Hipólito & ECHEVERRI, Juan Álvaro, *Tabaco frío, Coca dulce*, COLCULTURA, Bogotá, 1993).

21.- Oí a Guillermo PÁRAMO (profesor de la Universidad Nacional de Colombia) en alguna ocasión anterior a 1980, hablar de «mitos amazónicos y geometrías no euclidianas»; hacía relación expresa a la *Botella de Klein*. Claude LÉVI-STRAUSS, en su obra *La potière jalouse*, Plon, 1985, aborda el tema en el Cap. XII.

22.- Ya no sucederá, por desgracia, porque quienes lo oyeron no tienen mameaderos y quienes escribimos profanamos y sacrificamos la *memoria* con la escritura. Es la maldición de la palabra escrita.

23.- Neologismo, elaborado sobre expresiones griegas, propuesto por WASSON y RUCK (*El camino a Eleusis*, Fondo de Cultura Económica, México, 1980). Viene remplazando denominaciones que han terminado por contener una carga peyorativa, tales como *alucinógenos, psicodislépticos, psicotrópicos, psicoactivos, psicodélicos, psicotomiméticos* o, más popularmente *drogas*. Equivale a «generar un dios dentro»; el término clásico sería *provocar entusiasmo*, vinculado, a su vez, con *thaumázo*: admirarse, maravillarse, lo cual implica un *estar poseído, poseso*. Los enteógenos serían generadores de estados alternos de consciencia, y en sentido estricto no tienen por qué quedar confinados a un tipo de sustancias naturales o artificiosas exógenas; a la lista anterior habría que agregar el concentrar la atención en ciertos grafismos (laberintos, espirales, círculos concéntricos), ritmos, gestos, sonidos, danzas y hasta determinadas estimulaciones somáticas más allá del umbral del dolor.

24.- Pero no se ha de perder de vista que *calcar* nunca equivale a dar buena cuenta de algo. Lo esencial sólo se percibe en su transformación, en su metamorfosis. Ésta es la clave del mito.

25.- Es conveniente trazar la diferencia entre mito y arquetipo. Entiendo fundamentalmente por *mito* un tipo de relato (discurso) que habla de orígenes absolutos. En este sentido trato de mantenerme fiel (siguiendo a las conocidas tesis de ELIADE) a las primeras acepciones del término en el griego arcaico, donde *mythos* es *palabra*, desde luego no cualquier tipo de palabra, sino –siguiendo esta vez a W. OTTO (*Teofanía*, Eudeba, Buenos Aires, 1968)– “la palabra que habla de lo real”, es, por excelencia, la palabra que develiza al ser, palabra sustentada por los dioses; se contrapone así a *lógos* “que habla de lo pensado”; por lo tanto el mito no requiere *justificación*; en tanto que su contrapuesta, el *lógos* –desde donde el *mito* queda confinado al ámbito de la mentira– requiere de argumentación; la verdad (*aletheia*) en el ámbito *democrático* de la polis griega llegará a ser cuestión de *acuerdo*, en tanto que en la Grecia Arcaica *aletheia* no significaba lo opuesto al error y a la mentira sino lo contrario al olvido (DETIENNE, *Los maestros de verdad en la Grecia arcaica*, Taurus, 1981). No perder de vista que lo más opuesto a la “peste del olvido” es el mito, en tanto que el mito construye lo esencial, no lo deja olvidar, sólo descarta lo que cada cultura calificará como circunstancial o aleatorio. Se entiende por *arquetipo* el *modelo primero*, o sea aquel ser (cosa, acto o institución) que tuvo la fuerza de constituirse como *original*. Diría que los mitos son relatos en que se cuenta la forma en que un arquetipo llegó a ser, constituyéndose en paradigma; o bien, son relatos en los que se mientan o traman arquetipos. Los arquetipos, en estricto rigor, no cambian, pero dentro de las tramas de los mitos –que sí cambian– pueden dar lugar tanto a

otros paradigmas como a otros mitos, que comienzan como variables de uno anterior. Toda variable del mito es dependiente y abierta. Se inscribe en la red. Sólo desde la red, constituida por los otros mitos y variables, puede darse razón de sus diferentes aspectos; como a la postre resulta imposible lograrlo, se generan otros mitos. Una de las oposiciones entre mito y ciencia parecería residir en que el mito busca copar sus sentidos explorando mediante la generación de otros mitos. La ciencia, que también, a la postre, hace lo mismo –de otra manera no podría avanzar–, trata de acallar la ansiedad que produce lo diverso aplicando una actividad reductora: reducir a unas fórmulas. La actitud reductora es lo más ajena a la intención mítica, si bien también algo paga ésta como tributo a aquélla. La forma de especular propia del mito consiste en desdoblarse en nuevas versiones que procuran dar cuenta de lo que va apareciendo ya sea endógeno o exterior.

26.- Percibo, desde luego, los acentos *roussonianos* –y por ende, románticos– de esta frase que, por otra parte, no me apenan. Es necesario testimoniar, una y otra vez, que en los actuales momentos en Colombia su sentido pleno está dado por la *esperanza* de un cambio radical –en modo alguno un tornar al pasado– en que podamos aumentar los momentos de felicidad. Hoy día se multiplican los de pesadumbre: somos el país con la clase dirigente (política y económica) que se disputa los primeros puestos como la más corrupta y cínica del mundo; como lógica consecuencia somos el país más violento (ostentamos a nivel mundial la tasa mayor de desplazados, asesinatos e impunidad; el 60% de las mejores tierras laborables del país pertenece a los narcotraficantes, a sus testaferros o a sus protectores políticos).

27.- Luego de esa sonda (1977) se han lanzado otras en los últimos años. He procurado conservar la redacción primera de este artículo y le he agregado, más que suprimido, algunos apartes indispensables.

28.- El texto “Sobre viajes y mitos” sirvió de prólogo al libro de Beatriz Alzate *Mensajeros del Trópico Amazónico*. Lo que sigue fueron las palabras de presentación de la obra el día de su lanzamiento. Con posterioridad a dicho evento y ya como artículo independiente, ha sido reeditado –corregido y aumentado– en varias ocasiones en libros y revistas.

La última revisión de este texto se hizo en 2015. El texto básico data de 1996.

F. Urbina.
